

La Actitud ante los Himnos

Sabido es que en Francia al entonarse la Marsellesa, sea en actos oficiales o populares, en los teatros o en los restaurantes, todo el mundo se levanta en señal de acatamiento a cuanto simboliza el brioso himno patriótico. Basta un grupo de comensales, o uno solo, se yerga en una "chaise longue", en un bar o en el comedor de un hotel, copa de champaña en la mano, para que todos los concurrentes se levanten en pie. Es una bella costumbre que constituye un estímulo y una exaltación del patriotismo. La Marsellesa es un himno de acentos más enérgicos y vibrantes, y al escucharlos, aun no siendo francés, siéntese una emoción poderosa. La razón de este fenómeno radica en que todos los grandes himnos, además de su música menos arrebatadora, tienen un sentido restringido, nacional, mientras la Marsellesa alude a todas las formas universales de tiranía y despotismo. De ahí que siendo un himno muy francés tiene, a la vez, carácter mundial. Interpreta, en el fondo, la salida de la humanidad de las protervas y opresoras oscuridades de la Edad Media. Y por eso todos los pueblos, en sus fiestas y celebraciones cívicas, suelen unir al himno propio, representación de sus tradiciones y libertades, la Marsellesa, que tiene un poder unificador de todos los románticos ideales de libertad y democracia. Espiritualmente, todos los pueblos de la tierra tienen dos himnos: el propio y la Marsellesa, el más inspirado de los himnos libertadores.

Ahora bien: ¿debe levantarse todo el mundo cuando la Marsellesa suena o se entona? El ingenioso cronista de "Le Figaro", G. de la Fouchardiere, ha planteado el problema en forma muy pintoresca. "¿Hay que levantarse—preocupado—o debe continuarse sentado cuando se oye a uno cantar la Marsellesa?" Cantado el himno por uno que se haya pescado un gran peludo, ¿tiene la misma solemnidad que cuando se canta en estado normal, en un perfecto equilibrio espiritual? Téngase en cuenta que en los restaurantes, el canto patriótico está siempre un poco sazonado de alcohol y hasta se desafina bastante al entonarlo. Otro problema presenta el chispeante escritor G. de la Fouchardiere: "Hay borrachos—dice—que tienen la ociosidad de cantar la letra de la Marsellesa con la música de un cuplé cualquiera, o bien la letra de un cuplé con la música de la Marsellesa". En cualquiera de estos dos casos el himno así deformado no puede obligar a nadie a levantarse. La situación del oyente es un poco embarazosa; porque puede la música inducirle a ponerse en pie, o a quedarse sentado, o, viceversa, la letra a levantarse y la música a no moverse. En fin, un conflicto.

Pero el problema fundamental es el valor que tiene el himno cuando quien lo entona se halla, espiritualmente, en San Juan y Mendoza, bajo los efectos de un buen vino. Mr. Fouchardiere publica varias opiniones sobre esta materia. Uno de sus comunicantes afirma que se levantará siempre que escuche la Maasellesa, "porque nunca se levanta quien está dispuesto a golpear al impío que se levanta sentado o no se descubra; y yo declaro que siento un verdadero horror por los escándalos". He aquí un hom-

bre prudente: nada de bochinches, trifulcas ni peloterías; cante quien cante, normal o beodo, el hombre se levanta y todo transcurre pacíficamente. Problemas hay, sin embargo, de tal naturaleza que no se resuelven con una actitud de prudencia. Es necesario afrontarlos francamente, de una manera radical. Así lo hace otro que interviene en la encuesta promovida por Fouchardiere. A su juicio, la Marsellesa, cuando la canta un iluminado por el champaña, tiene mayor valor que al entonarla en un teatro Mauricio Chevalier, madama Chenal o cualquiera otra cupletera. Y hasta llega a sostener que no es menos respetable que tocada por los músicos de la Guardia Republicana. Las razones que aduce son tan elementales como sencillas y evidentes. Los artistas de teatro cobran por cantarla, y los músicos militares la tocan por obligación. Por el contrario, el inspirado por Baco la canta espontáneamente, por impulso propio, de una manera generosa, sin otro incentivo que el entusiasmo latente en su espíritu ardoroso. Convergamos en que los argumentos de este corresponsal de Mr. Fouchardiere casi nos obligan a levantarnos. En verdad, una canción patriótica, un himno, no debe perder su virtualidad porque aquél o aquellos que, de pronto, lancen sus notas tengan un poco caldeada la cabeza como consecuencia de una mesa bien provista. Ninguna forma de entusiasmo se produce en ayunas. El optimismo, que es ya por sí mismo una manera de embriaguez, arranca siempre del calor del estómago. Y en estos felices instantes, el espíritu se dilata en expansiones de universal cordialidad, en un movimiento fraterno sin límites. Bien nutridos y algo bebidos—no mucho—los ideales generosos saltan al aire como brillantes cohetes. Es la hora apologética, en cantos y estrofas, de la libertad, de la democracia, del humanitarismo, de la bondad y de la concordia. La Marsellesa no pierde nada ni se desluce en sus virtudes representativas y simbólicas por ser entonada en estas circunstancias de plenitud dichosa.

Pero hay espíritu de una extremada severidad en materia de himnos. Así otro de los comunicantes de Fouchardiere opina que si él oye cantar la Marsellesa a uno que no se halle en sus cabales, también se levantará, pero con objeto de llamar a un guardia para que se lleve al cantor a la comisaría; "porque—dice—no debe tolerarse que un borracho mancille el himno sagrado; es un sacrilegio". ¡Tremendo el tal opinante! La seriedad llevada a tales exageraciones corre siempre el peligro de caer en la ridiculez. ¿Qué desdoro puede haber para un himno porque se cante después de algunas cordiales libaciones, con el ánimo alegre y el corazón henchido de entusiasmo por la libertad y la fraternidad universal?

A este opinante hosco y ceñudo replica muy ingeniosamente un subprefecto en la región del sudoeste. Comienza por admitir el carácter sagrado del himno. Y dice: "El sacramento tiene en sí toda su virtud, sin que se deba tener en cuenta al oficiante. Se puede, por lo

Complemento Estético

En lo natural, con lo natural, volveré a lo natural.

□

Las juventudes que vienen tras nosotros nos sirven entre otras cosas más o menos útiles, para no despreñar las faltas y sobras de nuestra juventud.

□

Suele creerse que verso "libre" es verso "descuidado". El verso libre admite, exige más arquitectura interna y externa que el regular. Además, no tolera ripio.

Si en el verso regular y rimado la medida la dan número y rima, en el libre, superior en esto, la dan inteligencia y gusto.

(No es necesario añadir que puede haber mal verso libre, como hay mal verso regular o, esperantistas sin ángel, prosa todo ripio).

□

El detalle, sobre el papel; el conjunto, libre del papel.

□

La sombra no es tiniebla.

□

En poesía no importa tanto aclarar el secreto como hacerlo evidente, descubrirlo, expresarlo.

□

Volver atrás para mejorar, no para dudar.

tanto, recibir la comunión de manos de un sacerdote indigno, con el mismo resultado que si fuese administrada por un santo. La absolución que os fuese dada sería un documento perfectamente válido a los ojos del juez soberano".

Según el subprefecto que, sin duda, es un parodjista un poco guasón, lo sagrado es el himno, sin que pierda esta condición al ser cantado por un ebrio. Para que un himno mantenga su virtud no es imprescindible que sean absolutamente virtuosos todos los que lo entonen. La objeción opuesta al ebrio, ¿por qué no se ha de oponer igualmente al mal pagador, al quebrado, al especulador, al banquero fraudulento, al comerciante sin conciencia, a los malos padres, a los malos hijos, a los maridos infieles, a todos, en fin, cuantos carecen de una ética integral y rígida? Convengamos en que si para cantar los himnos fuese requisito indispensable una moral absoluta, pronto se vería suprimida en todos los pueblos la música marcial.

Ahí queda planteado el problema. Cada cual lo resolverá como le plazca...

Francisco GRANDMONTAGNE.

Una armonía de exterior e interior.

□

Si mi obra se me hiciera sola, sin esfuerzo mío, me gustaría bien poco; si la hiciera yo solo, sin voluntad suya, me gustaría aún menos.

□

Sólo es lenta la prisa de lo inevitable.

□

Quien sale seis veces entre hombres, vuelve a casa con la boca cinco veces sucia.

□

Obra, soledad, tiempo.

□

Hay que ir a las causas finales; pero no sin el deleite de los dos lados del camino. A la idea una por la doble sensualidad.

□

Las artes pueden dividirse en dos grandes grupos: artes de armonía y artes de contraste.

□

En la mayoría de los casos, la juventud fracasada, al cambiar sus maestros, no hace más que querer justificar su incapacidad, su acomodación y sus vicios.

□

Cuando no entiendo un poema o parte de él, no insisto; me satisfago con lo que entiendo, y estoy seguro de que otra vez y en otras condiciones, entenderé más u otra cosa. Como en la naturaleza libre, la comprensión de un poema viene por sorpresas sucesivas.

□

En cada momento, hagamos las cosas como creamos, en ese momento, que debemos hacerlas. Vaya quedando solo, para seguir, el resultado.

□

Una palabra puede repetirse, hablando o escribiendo, tantas veces como haga falta. Repetición de palabra justa no es defecto ni miseria. (Las variantes están todas, y para todos, en el diccionario).

□

Respetemos el olvido, el maravilloso olvido, que no se convierte en contemplativos aislados del presente único.

□

A la tierra hay que irse usado, gastado.

Juan Ramón JIMENEZ.